

habiendo tenido que escoger entre los dos partidos, de renunciar á su mision ó hacerse taumaturgo (1), y no siendo realmente taumaturgo, era hacerse embaucador. — "Hay milagros, si bien no pueden distinguirse, en que consistió "en representar un papel, sin que pueda saberse si las circunstancias y los rasgos que aparecen de embaucador son realmente históricos, ó fruto de la credulidad de los narradores [2]."

Pero va á naufragar de un modo mas completo el carácter de Jesus; él que no era ni aun hijo de David, y que revelaba tanto su aldea, va á ostentarse y á afirmarse como Hijo de Dios, como Dios mismo.

"Jesus no enuncia por un momento la sacrilega idea de que sea Dios," dice desde luego M. Renan, mirando esta vez por el honor de su héroe (3). de M. Renan no quiere, ni aun que se haya presentado como Hijo de Dios, si no es de la manera que lo son ó pueden llegar á serlo en diversos grados todos los hombres, y le hace rechazar esta imputacion como una *calumnia* (4). — Tomemos nota de esta delicadeza y de esta susceptibilidad de M. Renan, respecto de Jesus. Es, pues, un sacrilegio y un atentado hacerse pasar por Dios ó por Hijo de Dios. Está entendido.

Ahora volvamos la hoja.

"Jesus volvió á Galilea, habiendo perdido completamente su fé judía, "y lleno de ardor revolucionario. Desde entonces se espresan sus ideas con perfecta claridad. Los inocentes aforismos, las bellas predicaciones morales (de los primeros tiempos), van á parar á una *politica* decisiva. Ha venido el Mesías, lo es él mismo. El hijo del hombre vendrá despues de su muerte, lleno de gloria, acompañado de legiones de ángeles y serán confundidos los que le rechazaron. — No debe sorprendernos la *audacia* de semejante concepcion. *Hacia largo tiempo* que Jesus se consideraba con respecto á Dios, como un hijo con respecto á su padre. Y no debe mirarse en él como un atentado lo que fuera en otros orgullo insoportable (5). — Recordemos que el primer pensamiento de Jesus..... que se referia á las raíces mismas de su ser, fué que él era hijo de Dios, el íntimo de su Padre [6]..... El es su Padre, su Padre es él..... Su poder no tiene límites..... Su Padre le ha dado todo poder (7)..... El cielo, la tierra, toda la naturaleza, la locura, la enfermedad y la muerte, no son mas que instrumentos suyos (8)..... es superior á Abraham, á Salomon, á los profetas [9], al templo mismo [10]..... Es evidente que ya no le basta

(1) *Vida de Jesus*, p. 257.

(2) *Id.*, p. 259.

(3) *Id.*, p. 75.

(4) *Id.*, p. 253.

(5) *Id.*, p. 237.

(6) *Id.*, p. 118.

(7) *Id.*, 244.

(8) *Id.*, 118.

(9) *Id.*, 246.

(10) *Alibi*.

ha el título de *Rabí*; ni aun el título de profeta ó de enviado de Dios correspondia ya á su pensamiento. *Atribuíasele la posicion* de un ser sobrehumano (1)."

¿Qué quiere decir todo esto, sino que Jesus se dió por una persona divina, se hizo Dios, como le censuraban los judios, *facit te ipsum Deum* (2), sin que rechazara esta imputacion como una calumnia! — porque "teniendo la naturaleza de Dios, como dice San Pablo, no era usurparla, manifestarse igual á Dios." *Qui, cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo* (3).

No hay duda alguna sobre este punto. Jesus afirmó que era Dios. "No se niega, dice M. Renan, que hubiera en estas afirmaciones de Jesus el germen de la doctrina que debia hacer de él mas adelante una hipóstasis divina (4)."

"Todos estos arrojios se hallaban cubiertos ó disculpados por una conviccion absoluta, ó por mejor decir, por el entusiasmo que hacia desaparecer en él hasta la posibilidad de una duda (5)."

Hé aquí cómo no enuncia Jesus por un momento la idea sacrilega de que fuese Dios. Es verdad que añade M. Renan. "La necesidad que tenia Jesus de adquirir crédito acumulaba las nociones mas contradictorias (6)."

Pero como estas nociones contradictorias solo se hallan acumuladas en la *Vida de Jesus* por M. Renan, es preciso ponerlas en cuenta de la necesidad que tiene M. Renan de desacreditar á Jesus.

¿Es pues, Jesus un sacrilego y ha atentado contra la Majestad Divina, usurpándola en pro de su egoismo? Desviándose M. Renan de su primer juicio, ha contestado ya, que: "no debe considerarse como atentado lo que en otros se tacharia de orgullo insoportable." — Paréceme que es lo cierto lo contrario, puesto que lo que distingue á Jesus de los demas, es el ser el autor de la moral mas bella que se conoció nunca, y que en tal caso, habria hecho que la moral mas bella sirviera á la mentira mas odiosa, engañando tanto mas á la humanidad.

Y aquí es donde estrechado M. Renan entre concluir que JESUCRISTO es el Infame, lo cual hubiera podido llevarle á otro tribunal distinto que el de la opinion, y entre los principios eternos de la verdad y de la conciencia, no ha temido evadirse sacrificando estos principios, y deshonorando á toda la humanidad, para que no pareciera que deshonoraba únicamente á JESUCRISTO. Tan cierto es que, segun la conciencia humana que ha estudiado en esto, si JESUCRISTO no es Dios es un impostor, y si es un impostor, todo es impostura, y no hay ya sinceridad ni verdad.

Prueba magnífica, prueba admirable de la divinidad de JESUCRISTO, que nadie habia llevado aun como M. Renan, hasta su última consecuencia.

No se juzga, pues, aquí únicamente á Jesus, sino al honor huma-

(1) *Alibi* p. 146.

(2) Juan, X, 33

(3) Ad Philip., II, 6.

(4) *Vida de Jesus*, p. 247.

(5) *Id.*, p. 152.

(6) *Id.*, p. 251.

no. Para hacer pasar M. Renan sus odiosas acusaciones contra JESUCRISTO, las presenta (procedimiento infernal) *en forma de disculpas*, y estas disculpas son otros tantos atentados contra la conciencia humana.

Así, no dice que fué un impostor Jesus, sino que implicando primeramente á todos los pueblos orientales, dice: "Buena fé é impostura, son palabras que, según nuestra conciencia rígida, se oponen como dos términos inconciliables. En Oriente (sin distinguir el actual Oriente del antiguo Oriente, es decir, las tinieblas de la luz) hay de la una á la otra mil evasivas, y subterfugios. Para nosotros, razas profundamente formales, la convicción significa la sinceridad consigo mismo, pero la sinceridad consigo mismo no tiene mucho sentido entre los pueblos orientales (1)."

Así, pues, hé aquí á Jesus acusado de impostura por lo mismo que le disculpa y que extiende esta acusación á todos los pueblos orientales.

Pero JESUCRISTO no es solamente un oriental, ó si lo es, es ese *Oriental* cuya luz se levanta sobre el mundo, é iluminándole en el seno de las tinieblas y de las sombras de la muerte en que estaba sentado, no ha cesado de dirigir nuestros pasos en la vía de la civilización. *Oriens ex alto illuminans his qui in tenebris et in umbra mortis sedent ad dirigendos pedes nostros in viam pacis* (2), según se proclamó en el seno virginal de donde iba á elevarse y cuya aurora era. JESUCRISTO es el tipo de todos nosotros á quien *cada uno de nosotros debe lo mejor que tiene* (3). De él se realza la conciencia moderna. No debe, pues, implicarse solamente á los pueblos orientales en esta acusación de impostura para hacer que pase contra *Jesucristo*; sino también á nosotros, á la humanidad entera, y aun así, se haría á Jesus culpable de ella. Para disculparle, pues, completamente, es preciso negar el mismo principio moral, la misma honradez: es preciso tomar en mano la causa de la mentira y de la impostura contra la verdad y la conciencia; mas aun, es forzoso glorificar aquellas. Hasta aquí tiene que llegar la incredulidad: á ello la condena el carácter de JESUCRISTO.

"Es imposible la historia, si no se admite ALTAMENTE que hay muchos modos de medir la sinceridad... Fácil nos es á nosotros, en nuestra *impotencia*, llamar á esto mentira, y enorgullecidos con nuestra *tímida honradez*, tratar con desden á los héroes que aceptaron con otras condiciones la lucha de la vida. Cuando hayamos hecho con nuestros escrúpulos lo que ellos hicieron con sus mentiras, tendremos derecho de ser severos con ellos, etc., etc. (4)"

Quando se dice esto, se han ajustado las cuentas con la religiosidad mundana, pero se ha abierto una terrible con la conciencia. A esta costa hay holgura para blasfemar de CRISTO, y aun hay derecho á la gratitud por haberle convertido en un héroe de fortuna, por haber edificado al mundo, y arrancado lágrimas de los ojos áridos de nuestros contemporáneos, por la suerte del justo oprimido.

- (1) *Vida de Jesus*, p. 152.
- (2) Lúe., I, 78.
- (3) *Vida de Jesus*, p. 283 y 451
- (4) Id., p. 235.

Y puede escribirse esta monstruosidad de lesa-buena fé, honradez y de lesa-razón?

El *honrado* Marco-Aurelio.... "estuvo exento de algunos errores de que participó Jesus, pero no tuvo acción duradera en el mundo. Marco-Aurelio (por haber sido honrado) deja en pos de sí libros deliciosos, un hijo abominable, un mundo que se acaba. Jesus (por no haber sido honrado) permanece para la humanidad como un principio inagotable de renacimientos morales (1)."

Quisiéramos poder llamar á esto simplemente locura orgánica, locura irresponsable. Pero no es nada de esto, es locura consciente, la locura lógica, si puede hablarse así, de la incredulidad. Lo sentimos por M. Renan; pero nos felicitamos de ello por la manifestación de la verdad de nuestra fé, á la que justifica y venga en igual grado.

III.

Pero ¿qué decimos de locura? no es M. Renan, no es la incredulidad quien está loco; es la sabiduría eterna; y esto es hasta lógico, puesto que es mentira la Verdad misma.

Henos aquí, pues, retrasados en diez y ocho siglos, en el primer día en que era JESUCRISTO *gentibus autem stultitiam* (2), en las tiempos del buen rey Herodes, que despreciando á Jesus porque no quiso recrearle con sus milagros, le revistió por mofa con la túnica blanca de los insensatos. Mas esta era siquiera la librea de la imbecilidad inocente; pero M. Renan trata á Jesus con mas formalidad; puesto que le pone la camisola de los locos y nos lo presenta como un furioso.

"Admitimos *sin vacilar* (3), dice, que verificó Jesus *con frecuencia* actos que en el día se considerarían como de ilusión ó locura."

"Desde muy temprano se reveló su carácter *singular*. La leyenda se complace en mostrárnoslo desde su infancia *rebelado* contra la autoridad paterna, y saliéndose de las vías comunes para seguir su vocación.... No parece haberle amado su familia. En breve le veremos en su osada rebelión contra la naturaleza, hollando á sus pies todo lo propio del hombre, la sangre, el amor, la patria, guardando solamente alma y corazón para la idea que se le presentaba, como la forma absoluta de lo bueno y lo verdadero (4)."

Bien pronto, en efecto, "anima todos sus discursos un ardor *extraño*... En sus actos de rigor llegaba hasta suprimir la carne. No conocían limi-

- (1) *Vida de Jesus*, p. 451.
- (2) *Ad Corinth.*, p. 123.
- (3) M. Renan, que duda siempre que se trata de comprobar una verdad, no vacila cuando se trata de proferir una idea enorme, pues entonces se afirma en sus estribos, como quien quiere dar un golpe fatal, y adiós la graduación y diferencia (*nuance*).
- (4) *Vida de Jesus*, p. 42 y 43.

«tes sus exigencias. Despreciando los sanos límites de la naturaleza humana, quería que solo se viviera para él y que solo á él se le amara.” Observemos de paso que en esto es lógico M. Renan, (salvo el modo de expresarse) y que Jesús hubiera sido egoísta hasta la locura si no fuera Dios. Toda incredulidad se halla, pues, obligada á seguir á M. Renan en sus imputaciones de locura, así como en las de impostura: “Entonces se mezclaba en «sus palabras algo más de humano y extraño; era como un fuego que devoraba la vida en su raíz, reduciéndolo todo á un horrible desierto. El sentimiento triste y áspero de disgusto hácia el mundo, de estremada abnegación, que caracteriza la perfección cristiana (1), tuvo por fundador no al «sagaz y alegre moralista de los primeros días, sino al gigante sombrío, á «quien lanzaba más y más fuera de la humanidad una especie de presentimiento grandioso (2).”

“Arrastrado por esta espantosa progresión de entusiasmo, exigida por «las necesidades de una predicación cada vez más exaltada, no era ya Jesús «libre.... A veces parecía que se turbaba su razón, y sentía como angustias «y agitaciones interiores. Producíale vértigos la gran visión del reino de «Dios, relumbrando sin cesar ante sus ojos. Sus discípulos le creyeron loco «en algún momento.... Su temperamento excesivamente apasionado le hacía «salirse á cada instante de los límites de la naturaleza humana.... Apremian- «te, imperativo, no podía sufrir oposición alguna.... Áspero y escéntrico, no «le comprendían á veces sus mismos discípulos, experimentando una espe- «cie de temor á su presencia.... A veces le arrastraba su repugnancia á toda «resistencia, á verificar actos inesplicables, y al parecer absurdos. Sen- «tíase atormentado y se revelaba al contacto de la tierra. Su noción de Hijo «de Dios se turbaba y exageraba (3)... A veces nos sentimos tentados á creer, «que viendo en su propia muerte un medio de fundar su reino concibió de «propósito deliberado el designio de hacerse matar (4).”

Basta con esto, y aun sobra sin duda, para el lector honrado, para el lector sensato.

Y presentando así por primera vez á Jesucristo como un extravagante y un loco, contra el ideal de sabiduría y de suavidad celestiales con que se halla impreso con tal anterioridad en el alma humana, lleva M. Renan el sacrilego desprecio á la verdad y al lector, hasta autorizarse con el Evangelio de donde irradia este ideal divino, remitiéndonos á él al pie de las páginas, por medio de citas que espera no se han de evacuar, y cuya comprobación le aniquila. Después de todo, ¿qué es esto sino emplear su método de solicitar los textos, es decir, de falsificarlos? ¡Cuánto valor tiene el Evangelio

(1) ¡Qué desgracia que esta cortedad de vista de la incredulidad no le permita llegar hasta el objeto de la razón; que no vea en la perfección cristiana más que un sentimiento áspero y triste de disgusto y de abnegación excesiva, y no los tesoros de tierna caridad y de heroica adhesión hácia el mundo, cuya generosa fuente y fecundo alimento es ese mismo despego del mundo!

(2) *Vida de Jesús*, p. 312.

(3) *Id.* p. 318 y 319.

(4) *Id.* p. 316.

á esta costa! ¡Cuán auténtico y sagrado llega á ser! ¡y qué buen efecto surte autorizarse con él por medio de tantas citas como un doctor de la Iglesia, enagenando en ellas á Jesucristo y cociendo el cordero en la leche de su madre!

M. Renan añade para mayor precaución un rasgo final, que acrecienta el ultraje! pero cuyo peso hace desplomarse sobre él mismo todo su edificio de blasfemia sepultándole en él.

M. Renan procede con respecto á la locura, como ha procedido con respecto á la impostura, coronando sus imputaciones con una disculpa, que solo es un modo sumamente pérfido de hacerlas pasar, agravándolas. Estiende estas imputaciones de locura de Jesucristo á la razón misma; así como estendió la imputación de impostura á la misma conciencia. Declara abolida la ley intelectual como abolió la ley moral, para hacer pasar la blasfemia que imputa á Jesucristo su violación.

¿Qué quiere, decir, en efecto, locura, estravagancia? “Las ideas limitadas que se han divulgado en nuestros días sobre la locura estravian gravemente nuestras apreciaciones históricas en las cuestiones de este género. “En el día, el que se halla en un estado en que se dicen cosas de que no se “tiene conciencia, en que se presenta el pensamiento sin que le llame y regule la voluntad (definición gramatical de la locura) se ve espuesto á ser “recogido como alucinado. En otro tiempo esto se llamaba profecía, ius- “piración.”

Así, pues, en otro tiempo no se tenían las mismas ideas que hoy sobre la locura, y por consiguiente sobre la razón, y por tanto, nosotros carecemos de criterio común con la antigüedad para comprenderla. En tal caso, es preciso proclamar la abolición de la crítica para los tiempos antiguos, puesto que solo podemos juzgarlos por nuestro sentido interno.

Pero no solamente respecto de otros tiempos, sino aun de nuestra misma época y de un modo absoluto, nos falta este sentido interno, y se estravian nuestros juicios sobre la locura, hasta el punto, que en vez de recoger ó secuestrar á esta, se la debería glorificar y envidiar. “En efecto, las cosas más bellas del mundo se han verificado con calentura; toda creación eminente lleva consigo una ruptura de equilibrio, un estado violento respecto del ser de quien emana.... ¿Quién de nosotros, pigmeos, podría hacer lo que hizo el extravagante Francisco de Asís, la histérica Santa Teresa? poco importa que haya nombres en la medicina para espresar estas grandes desviaciones de la naturaleza humana; que sostenga que el grande ingenio es una enfermedad del cerebro; que vea en cierta delicadeza de moralidad un principio de tisis; que clasifique el entusiasmo y el amor entre los nuevos accidentes. Las palabras sano y enfermo son enteramente relativas. “¿Quién no preferiría estar enfermo como Pascal á estar sano como un cual- “quiera, etc., etc. (1)?”

M. Renan debería haber agregado á su *Vida de Jesús* un lexicon que explicara el significado de las palabras y de las cosas, según el sentido en

(1) *Vida de Jesús*, p. 432 y 433.

que él las emplea, tan contrario ó distinto de nuestras ideas *limitadas*. Pero poseemos ya este lexicon; no hay mas que coger el Diccionario de la Academia y entender al revés sus definiciones. Y como todas las lenguas fraternizan en un verbo intelectual comun, es preciso destruir todas las lenguas, todos los libros, ó mas bien este verbo comun de la razon humana. Solamente entónces se comprenderá á la incredulidad.

IV.

Hé aquí hasta dónde llega la incredulidad de M. Renan.

Es decir á una de las mas poderosas, mas triunfantes y mas vengadoras demostraciones de la fé cristiana.

Vamos á despejarla en pocas palabras.

No es necesario hacer resaltar desde luego todo lo que gana la manifestacion del adorable carácter de JESUCRISTO, tan admirablemente fiel á sí mismo en su tipo incomparable de un punto á otro de su vida, tan humano, tan perceptible, tan concreto á un tiempo mismo; y tan divino, tan atractivo ó insinuante, tan celestial por la armoniosa concordancia de su doble naturaleza y la profunda unidad de su persona,—todo lo que gana, repito, la manifestacion de JESUCRISTO en esta monstruosa é incoherente discordancia de los diversos Jesucristos que quiere sustituirle la incredulidad; un Jesus idílico, un Jesus político y un Jesus frenético; es decir, un simple, un bellaco y un loco; sin perjuicio del Jesus heróico que pone como de muestra en la fachada, para hacer que entre el cándido lector á este espectáculo de plazuela.

Y á tí, lector, que sales de él, ¿qué te ha parecido? ¿Cómo puedes conciliar ese ignorante aldeano con ese divertido ó delicioso rabi, ni á este con el sagaz político que se convierte en un anarquista que llega á ser un charlatan y un impostor, y despues un gigante sombrío, y finalmente, un frenético cuyo creciente parasismo le impulsa á hacerse matar? ¿Y cómo concibes que pueda ser todo esto á un tiempo mismo, *el honor comun de cuanto lleva un corazon varonil,—el hombre incomparable á quien ha tributado la conciencia universal con justicia el título de Hijo de Dios,—un principio inagotable de renacimientos morales,—el creador del código mas bello de la vida perfecta que trazó jamás moralista alguno,—el fundador de la religion absoluta, no solamente para este mundo, sino para los demás planetas, si tienen habitantes, dotados de razon y de moralidad?* ¿Cómo concillas finalmente, todo esto con la observacion de que la moral de JESUCRISTO, la religion de JESUCRISTO es el mismo JESUCRISTO; es la imitacion de sus ejemplos, de su conducta, de su vida; es decir, con aplicacion al héroe de M. Renan, de la necedad, de la doblez, de la impostura y del frenesi?

¿Cuál de estos dos Jesucristos te parece digno de tu conciencia, y por consiguiente, de tu fé?

Sin duda dirás que es insensata y abominable la concepcion de M. Renan y que la repudias; que te avergüenzas de que haya podido ver la luz en

tu país y en tu época; pero que la dejas por cuenta de su autor; y que es precisamente una concepcion de la incredulidad.

¡Honrada ilusion!

No me limitaré únicamente á contestar, que casi todos los órganos de la incredulidad han reconocido esta concepcion y la han ensalzado, y que su oprobio ha llegado á ser el del campo entero que protestará probablemente contra el juicio que hago aquí de ella; sino que diré, que en esto ha sido justa la incredulidad, tanto respecto de M. Renan, como para consigo propia, y hasta tal punto, que yo mismo tomaré la defensa de M. Renan. ó mas bien, la de la verdad, manteniendo esta solidaridad de su obra con la incredulidad.

Sin duda que M. Renan ha puesto lujo en ella, y ha tratado su asunto con odio; y á la manera que aquel pintor de la antigüedad se valió de todas las hermosuras de la Grecia para pintar una Vénus, M. Renan se vale, para componer su Jesus, de todas las fealdades morales que puede reunir, aun cuando se escluyan. No le basta elegir entre la impostura ó la locura; ninguna de las dos ni otras varias están de mas.—Pero, en el fondo, tiene los datos y recursos necesarios á toda incredulidad.

¿Cómo puede ser esto?

Nada mas sencillo.

La conciencia universal y la historia le trazaban de JESUCRISTO y de su obra, un tipo de grandezá y de perfeccion de que no podia desviarse. No nos hallamos ya en el último siglo: hoy es preciso, por lo menos, quitarse el sombrero ante JESUCRISTO, ya que no sea necesario echar de menos con M. Renan, *los sitios donde quisiera la humanidad ir á besar la huella de sus plantas*; primera necesidad que hemos reconocido con sus consecuencias en el capitulo precedente.

Ahora bien ¿podia atenerse á ese Jesus, *honor comun de todo cuanto lleva un corazon varonil?*

Absolutamente no; y se veia estrechado por una segunda necesidad.

¿Cuál? la de elevarse hasta JESUCRISTO Dios, ó descender á un Jesus infame; la de ponerse sobre el hombre y debajo del hombre; porque este ser escepcional, que no podrá esplicar nunca la incredulidad, es necesariamente mas ó menos que un hombre, y es preciso adorarle ó menospreciarle.

Ya hemos visto, en efecto, que JESUCRISTO hizo, y quiso aparentar que hacia milagros en gran número, los cuales tendrian que ser obra de un charlatan, sino lo fuera de un Dios; ya hemos visto el dilema en que hemos encerrado á M. Havet y á M. Scherer, por no haber querido aceptar el atentado de M. Renan contra la conciencia. Pero este dilema se vuelve á presentar aquí independientemente de los milagros, en términos mas absolutos, y que ni aun se ha intentado discutir, en los términos de la pretension, de la afirmacion solemne que hizo JESUCRISTO de ser Dios mismo.

Ahora bien, ó Jesucristo habló con verdad ó con falsía: si con verdad, es Dios; si con falsía (Dios me perdone esta blasfemia, que borra mi corazon á medida que la escribe mi mano), es un impostor ó un loco; y aun llegaré á decir con M. Renan, que es uno y otro.

Si no es Dios Jesucristo, tuvo razon Herodes en tratarle como un insensato, y el gran sacerdote como un blasfemo. El mismo Jesucristo no protesta contra este trato; lo soporta, como efecto de la ceguedad de los Judios que no quieren ver en él al Hijo de Dios. La única defensa fué decir que lo era realmente. No se le creyó, y desde entonces es consiguiente que debe tratársele como lo fué en su pasion y en su suplicio.

Ahora bien; esta situacion de JESUCRISTO ante Herodes y ante Caias, es aun y será siempre la única que pueda tener ante la conciencia humana. Esta conciencia apremiada á pronunciarse sobre su persona, debería esclamar con Pedro: ¡Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo! ó con el gran sacerdote judio: ¡Ha blasfemado, y es digno de muerte! En el primer caso, deben seguirse adoracion y amor, en el segundo bofetadas y salivas (1).

En nuestros *Estudios* hemos consagrado veinte páginas á experimentar este argumento en todas sus fases: y cuanto mas lo experimentábamos, mas se agrandaba, y desplegaban mayor fuerza las objeciones. Como creémos haber apurado allí su estudio, nos atrevemos á suplicar al lector que recurra á ellos. (2)

Pero confieso que M. Renan ha superado nuestras hipótesis con sus demasías. No parece sino que en esto, como en tantos otros puntos, ha hecho fuego en vista de nuestras demostraciones, oponiendo una resistencia mas allá de los límites en que le creíamos posible.

Así, hemos previsto y discutido el argumento del *triumfo* de JESUCRISTO; el argumento del *beneficio*; el argumento tambien de la *separacion* que quiere hacerse entre su persona y su obra, y finalmente, el argumento de la *hipótesis* de su divinidad creada por él para ejecutar su designio; y no hemos tenido dificultad en demostrar que el triunfo de la mentira seria su reinado; que el beneficio del cristianismo suponía su verdad; que la *separacion* entre Jesucristo y su obra era imposible, pues que esta obra era ÉL mismo aplicado al mundo; finalmente, que la hipótesis de que creó ó inventó su divinidad para dar un fundamento á su sistema, habria á lo mas usurpado el objeto con la idolatria de su persona y contrariado este mismo fin con todos los obstáculos que suscitó en el mundo la idea de un Dios crucificado y de los que no pudo triunfar sino precisamente porque era verdad esta idea.

Pero en todos estos razonamientos que hemos desarrollado, hemos to-

(1) Hé aquí cómo terminan dos notables artículos que ha publicado recientemente M. Caro, en el periódico la *Francia*: "O Jesus es el hijo de Dios, realmente Dios, ó no es ni siquiera un hombre superior, ni un hombre de moralidad elevada.... O el cristianismo es la verdad religiosa, absoluta, definitiva, suprema, ó solo debe verse en él una prolongada mentira de veinte siglos.... M. Renan parece no advertir que todo lo que ha quitado al Dios en el Cristo, disminuye otro tanto al hombre á nuestros ojos, y aun llega á envilecerle ante la conciencia humana. Si elimináis de esta vida lo sobrenatural, hacéis de él menos que un grande hombre, menos que un hombre de bien..... porque engañó al mundo!.... Esta *Vida de Jesus* es un apremio de la conciencia moderna ante el cristianismo. Por nuestra parte, ya hemos elegido."

(2) Tomó IV, c. II. *De la persona de Jesucristo*, p. 60 á 80.

mado siempre por punto de apoyo la conciencia y la razon; no habiéndonos jamás ocurrido que pudiera suprimírselas.

Y no obstante, comprendo que M. Renan, á no rendirse, se haya visto obligado á llevar hasta este punto la osadía de la desesperacion.

Pero con esto solo ha conseguido demostrar hasta lo sumo la fé cristiana.

Ha demostrado, en efecto, que no se podia negar á JESUCRISTO sin atacar á la conciencia y á la razon; que habia solidaridad, equacion, identidad entre CRISTO y la Verdad; entre CRISTO y la Razon esencial, ó el Verbo que habla en nosotros; y que esta Verdad, esta Razon, este Verbo encarnados en ÉL, no han hecho desde entonces mas que afirmarse y proclamarse á sí mismos, cuando dijo:

"Yo soy la Verdad.—Yo soy la Luz del mundo.—Yo soy el Principio, el mismo que os hablo." EGO SUM VERITAS (1).—EGO SUM LUX MUNDI (2).—PRINCIPIUM QUI ET LOQUOR VOBIS (3).

CAPITULO XI.

NUEVA PASION DE NRO. SEÑOR JESUCRISTO.

REVISION DE SU PROCESO.—SUERTE DE SUS ENEMIGOS.

Aunque todo el Evangelio es admirable, lo es mas, á mi juicio, en el relato de la Pasion del HOMBRE-DIOS. En ella llegan á ser en cierto modo mas intensas la exactitud, la precision, la sencillez, la veracidad, y mas concentrado el foco de luz histórica. En ella se eclipsan mas que nunca los cuatro secretarios de la verdad, entregados enteramente á ella para mostrarla. No omiten ningun pormenor, no se permiten reflexion ni emocion alguna. Impasibles á fuerza de la fé que les absorbe sobre el asunto mismo, dejan que produzca por sí solo su efecto en nosotros. Tienen toda la conciencia de la magestad con que debia aparecérsenos la verdad en la mayor de sus humillaciones; de las lágrimas que debia hacer derramar en todas las edades sucesivas, en lo mas fuerte del odio que la abrumba; del precio de gracia y de gloria que debia valer en los destinos del género humano cada ultraje, cada crueldad que padece; y nos reservan todas estas impresiones, todas estas apreciaciones, hasta el punto de no tomar parte alguna en ellas al parecer ellos mismos. Entre los siglos pasados que predijeron este gran

(1) Juan, XIV, 6.

(2) Id. VIII, 12.

(3) Id. VIII, 25.